

FORO SEMINARIO: “MARCIANO”, DE NONA FERNÁNDEZ: UNA LECTURA ANTROPOLÓGICA

PAULA CONTRERAS ROJAS*, MARÍA ELENA ACUÑA** & LAURA MARINA PANIZO***

En una innovadora confluencia disciplinar entre antropología y literatura, tuvo lugar, el 20 de mayo de 2026, en el auditorio Salvador Allende de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, un encuentro donde destacadas investigadoras del mundo de la antropología y la escritora Nona Fernández exploraron, a propósito de su novela *Marciano* (Random House, 2025), los límites entre el pasado, la militancia política y la imaginación.

El foro seminario, organizado por *Antropologías del Sur*, se propuso explorar los cruces entre la antropología, la narrativa y la memoria respecto de la subversión en la historia reciente de Chile. El foco del intercambio fue el alcance de la reconstrucción de un historial de resistencia a partir de la experiencia de Mauricio Hernández Norambuena, militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), conocido como “Comandante Ramiro”, con quien Nona Fernández dialogó por cuatro años para entender una historia marcada por la resistencia a la dictadura

Desde *Antropologías de Sur* sostenemos que la comprensión de la realidad, su compromiso con la misma y también su transformación se pueden hacer interdisciplinariamente. Encuentros como el realizado nos introducen en una

discusión compleja, relacionada con cómo nos aproximamos a la realidad y cómo somos capaces de describirla y comprenderla. Compartimos aquí las lecturas realizadas por las antropólogas Paula Contreras, María Elena Acuña y Laura Panizo. Nona Fernández intervino tras sus exposiciones con comentarios y respuestas a preguntas planteadas por las participantes y el público.

En una breve entrevista al final del evento, Nona Fernández celebró el diálogo generado con la academia y las ciencias sociales señalando que: “La literatura bebe muchísimo de la antropología y es, de alguna manera, una forma de hacer antropología, pero desde otro lugar. Estos cruces son vitales porque nos ayudan a refrescar las miradas. Tenemos que pensar en conjunto, no atomizadamente. Tenemos que mezclarnos, contaminarnos y enredarnos mucho más”. Preciso que la disposición a lo utópico que su libro releva al poner el foco en la historia de una generación que en algún momento se encendió y trabajó colectivamente, dispuesta a todo por un futuro que consideraba que era lo mejor para el país entero, nos desafía, en el presente, a ser creativos, a pensar colectivamente y a intentar encender corazones para establecer un proyecto para el futuro.

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. ORCID: 0000-0001-9003-5191. Correo-e: paula.contreras@uacademia.cl

** Doctora en Estudios Americanos. Universidad de Chile. ORCID: 0009-0005-5208-0465. Correo-e: maaacuna@uchile.cl

*** Doctora en Antropología por la Universidad de Buenos Aires. Antropóloga e investigadora independiente del INCIHUSA-CONICET / Universidad Siglo 21. ORCID: 0000-0002-2818-1224. Correo-e: laura.m.panizo@gmail.com

Momentos: un enredo entre tú y yo

Paula Contreras Rojas

La invitación a comentar *Marciano*, de Nona Fernández, fue algo inesperado y resultó un gran desafío que me movilizó para pensar un poco las relaciones entre el campo de la antropología y el de la novela.

No me fue fácil hacer la lectura desde la mirada antropológica, no porque esta no tuviera conexiones con el libro, sino porque hablar de una novela desde esa mirada implicó conectar la ficción con la realidad política y cultural que la antropología analiza en un momento histórico específico, es decir, entrelazar lo irreal con lo real, pero intentando no perderse entre ambos. Y menciono ello ya que es un libro en que varias voces van hablando, se van articulando y enredando, como una marea con olas que suben, bajan y se mezclan. En algún momento hay olas, en otro momento el mar está quieto. Por ello puede resultar fácil perderse.

En este esfuerzo de interpretación antropológica novelesca, dividí la lectura en tres grandes momentos basados en la investigación antropológica. Un primer momento es el que llamo "rapport". Un segundo momento es el del "trabajo de campo". Y el tercero es el de las "interrogantes". Esta interpretación antropológica será, seguramente, como una frase que encontramos en la novela: "un enredo entre tú y yo", uno donde Mauricio Hernández Norambuena va contando y Nona Fernández va narrando, un enredo entre quien narra y quien escribe, una tela de araña de elementos que se entrelazan.

Primer momento: "el rapport"

En antropología trabajamos mucho con la idea del *rapport*, pero, ¿qué es el *rapport*? Podríamos decir que es la relación de confianza que una establece como antropóloga con la comunidad, con las personas en los territorios. Podríamos decir también que es el primer acercamiento que hacemos en el lugar que nos interesa trabajar para responder una pregunta de investigación específica.

Con el *rapport* también buscamos generar algún vínculo. Los primeros vínculos que uno hace cuando quiere hacer una entrevista o una historia de vida están relacionados con ese momento del *rapport*. Y en este sentido, al comenzar a leer *Marciano*, mi primer desafío fue pensar cómo realizar este primer acercamiento, este *rapport* con una novela, pensado la novela como el lugar, la comunidad o el territorio con el que tenía que generar un primer vínculo o acercamiento, esa esperada relación de confianza.

Mi primera intuición fue pensar que el *rapport* estaba relacionado con mi conexión como Paula con lo que fue *Marciano* y lo que cuenta *Marciano*. Y esa forma de visualizar y construir el *rapport* me transportó al 30 de diciembre de 1996, fecha en que Mauricio, protagonista de la novela, se escapa de la cárcel de alta seguridad junto con otros frentistas en uno de los escapes más fantásticos vistos en Chile, rescatados por un helicóptero del que colgaba una canasta que los llevaría volando por Santiago hasta el parque Brasil, en la comuna de La Granja. Yo tenía 16 años y vivía en Varas Mena, en la comuna de San Miguel, cercana al parque Brasil. Este hecho fue mi primera conexión con *Marciano*, mi *rapport*. Mi vínculo, mi relación de confianza.

Ese 30 de diciembre se escucharon helicópteros revoloteando por el cielo de mi casa. Para transportarme a esa fecha, y construir con mayor claridad este inusual *rapport*, recurrí a las remembranzas de mis padres de ese momento exacto. Mi madre recuerda perfectamente que ese día había pasado en el colectivo, camino a nuestra casa, por el parque Brasil y que había un movimiento poco habitual en él, con muchos carabineros. Al no saber qué pasaba, al llegar a casa y contar lo sucedido, pusimos las noticias en la televisión. Fue ahí cuando nos enteramos de la fuga y cuando vi la felicidad y las sonrisas de mis padres. Y fue ahí que comienza este peculiar *rapport*, con esa gran alegría expandiéndose por mi casa.

Segundo momento: “trabajo de campo”

En la antropología trabajamos mucho yendo a terreno, lo que se conoce como “hacer trabajo de campo”. Y en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, en la carrera de Antropología, nuestro fuerte es precisamente ese. Quienes han estudiado antropología en nuestra universidad y quienes han sido profesoras y profesores saben que uno de nuestros sellos es hacer trabajo de campo, ir a terreno. Hacemos con las y los estudiantes este tipo de investigación desde el primer año y en todos los siguientes. Ahí realizamos mucha observación como herramienta de construcción de conocimiento y describimos detalladamente lo observado. Y en ese contexto, muchas veces hacemos una división entre lo “*etic*” y lo “*emic*”.

Pero, ¿qué es lo *etic* y qué es lo *emic*? Lo *etic* es la perspectiva que tiene la antropóloga o el antropólogo, marcada por su experiencia y conocimiento, sobre lo que está viviendo en el terreno, sobre las preguntas que se hace, esa vinculación

que una tiene como investigadora con sus conocimientos y experiencias en relación con el lugar donde se está trabajando. Lo *emic*, por su parte, tiene relación con la perspectiva de las personas que habitan el lugar, sus miradas, sus creencias, sus imaginarios.

¿Qué podemos ver en el trabajo de campo? ¿Qué significaciones, creencias o modos de pensar y de significar la realidad podemos observar? Cuando una va a trabajo de campo, por lo general tiende, o por lo menos es lo que hago yo, a llevar un cuaderno de campo para hacer anotaciones de lo que se observa y se escucha. En este trabajo de describir y anotar hago una división entre todo lo que yo estoy pensando e interpretando: lo *etic*, y lo que las personas me comentan o me cuentan: lo *emic*.

Volviendo a *Marciano*, me pasó que cuando quise hacer la lectura antropológica del libro, sentí que mi lectura, el ejercicio de pasar de una hoja a otra, de un párrafo a otro, ese acto de leer era mi trabajo de campo. El trabajo de campo lo trasladé a las páginas y a la lectura que hice cotidianamente de *Marciano*. Empecé a realizar esta distinción *etic* y *emic*, o intentar realizar esta distinción entre lo *emic* que leía y lo *etic* que yo podía sacar del relato.

Y en ese proceso empecé a pensar: ¿cómo, desde la antropología, desde mi disciplina, puedo abordar este trabajo de campo inusual? Me dije que podía verlo desde mi propia experiencia como antropóloga, es decir, centrarme en el libro y poder captarlo desde donde me gusta trabajar, por ejemplo, desde el método biográfico. Entonces sentí que el libro me llamaba a acercarme a él desde la historia de vida. Era algo que tenía mucha relación con la novela. También lo podía abordar desde la antropología de las emociones,

que es algo que domino y que, avanzando en la lectura, en ese trabajo de campo, podía observar que *Marciano* desplegaba. También se abrió un espacio para acercarme desde la memoria, desde la construcción de memorias individuales y colectivas. Entonces, desde estas miradas, me situé en la lectura del libro.

Si bien la novela nos habla del comandante Ramiro, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, más que en su historia me centré en cuatro miradas que tuve del libro en mi peculiar acercamiento. Puesto que la idea y el desafío eran adentrarme en él desde la antropología, creo que estas cuatro miradas se ciñen a esa lógica. Algunas son más *emic*, es decir, se preguntan sobre lo que quieren decir las personas que hablan en el libro, mientras que otras se entremezclan con lo *etic*, que es mi perspectiva como antropóloga para mirar este trabajo de campo distinto. Por ejemplo, las palabras con las que designo cada mirada fueron tomadas textualmente del libro, de lo que se narra en él, intentando jugar con la idea de códigos emergentes que entrega la teoría fundamentada, lo cual me acerca más a lo *emic*, pero desde mi visión *etic*.

La primera mirada tiene que ver con el *contexto brutal*. Este tiene relación con la tortura, la dictadura, la cárcel, la clandestinidad, con un momento histórico bastante cercano en el tiempo. Y me di cuenta de que si bien Nona no es antropóloga utiliza de muy buena manera la columna vertebral de la antropología: la descripción. Me pasó que el relato de Nona en relación con ese contexto brutal, con esta articulación de voces donde hablan distintas personas, podía mostrar ese espacio de la dictadura, de la dictadura y la tortura, la dictadura y la clandestinidad, la dictadura y la cárcel, de una manera muy descriptiva, donde podemos sentirnos en esos espacios, podemos

emocionarnos. Hay, así, una descripción de un contexto brutal dictatorial que se acerca bastante a la descripción antropológica.

Una segunda mirada tiene relación con *la vida en espiral*, donde la vida es rabiosa, intensa, desordenada, caótica, lo que da cuenta de una entrada a un mundo emocional. *Marciano* te muestra estas emociones, te muestra la rabia, te muestra la intensidad, te muestra cómo este contexto brutal repercute en el cuerpo, cómo la dictadura moldea los cuerpos, moldea las emociones, qué emociones se pueden expresar, se pueden sentir, cómo sentir las, dónde sentir las. Nos muestra cómo el cuerpo se enfrenta a este contexto. Las emociones se van construyendo desde la angustia y el miedo, pero también desde la lucha y la esperanza. Ahí se ve la construcción en espiral, la construcción que se va nutriendo de este mundo emocional que se expresa en los cuerpos, que se va moviendo, cambiando, avanzando. Nunca es estático. Nunca está quieto. Siempre es rebelde, siempre está en movimiento, en lucha, en construcción.

Una tercera mirada tiene que ver con un concepto que aparece en el libro: el *diseño fractal*, pensado como un diseño irregular, una estructura que no calza, que no encaja, que, como señala Edward Said, es un estar "fuera del lugar", con el que se quiere dar cuenta de la experiencia de habitar distintos espacios, habitar distintos nombres, habitar distintos lugares, distintos territorios, el "nunca somos parte del lugar donde estamos". Edward Said lo lleva a su relación con Palestina y acá yo lo llevo al hecho de vivir en clandestinidad, de tener distintas chapas, de estar exiliado, de estar en distintos contextos, en distintos lugares, donde, finalmente, es muy difícil saber cuál es tu lugar, tu pertenencia. Siempre te encuentras "fuera del lugar". En la novela se

ve muy bien cuando se habla sobre el exilio, por ejemplo, cuando el comandante Rodrigo, o José Miguel, está en Cuba y se cuenta como él y su hermana habitan fuera de la supuesta normalidad. Ese “fuera de lugar” que siente la gente que ha vivido, que hemos vivido el exilio, se ve muy bien reflejado en el libro, con su diseño fractal siempre presente.

La cuarta mirada tiene relación con una frase de la novela que me gustó mucho: “*fotografías que se quedan al sol*”. Esas fotografías nos recuerdan que las vidas están en constante transformación, que las cosas se disuelven, que las vidas se diluyen y cambian de color, como les sucede a los bordes de las fotografías expuestas al sol que se van poniendo amarillas. La mirada desde la transformación aparece de forma patente en los personajes del libro, y también cómo esa transformación está relacionada con el contexto social, político, económico y cultural de la dictadura, donde era totalmente necesaria. Tenías que tener una chapa, tenías que ser y no ser, tenías que estar presente, pero a la vez ausente. ¿Y qué pasaba entonces con las relaciones amorosas?, ¿qué pasaba con las relaciones familiares?, ¿con las relaciones con tu barrio, con tu lugar, con tu país, con el sentirse parte de algo? Volvemos al “fuera de lugar”, volvemos a esa constante normalidad o no normalidad y a esas fotografías que se quedan al sol, que van mostrando esta transformación de los personajes, pero también de los lugares, las casas, el habitar.

Entonces ahí, en esos momentos de la lectura, cerraba los ojos y podía estar y mirar esos espacios descritos por Nona. Recordaba las descripciones en antropología y cada vez en que les he insistido a las y los estudiantes que tienen que describir el espacio, que tienen que describir a los actores, para que una pueda cerrar los ojos y situarse en ese lugar e imaginarlos. Y sentí que

veía Valparaíso, me imaginaba Valparaíso, veía la cárcel, me imaginaba la cárcel, me imaginaba todas las conversaciones, todo ese mundo que describe el libro. Al cerrar los ojos podía estar en todos esos lugares.

Estas cuatro miradas se entrecruzaron también con la idea de la memoria, la manera como están relacionadas con la construcción subjetiva de la memoria, con cómo construimos la memoria en el presente recreando un pasado, unos recuerdos. Tal como *Marcianos*, la memoria recrea cierto pasado, una recreación que no es objetiva. La recreación del pasado la hacemos hoy a partir de lo que hemos vivido, de lo que sabemos, de las emociones que sentimos y también desde cómo nos sentimos corporalmente frente a una situación.

Me parece muy interesante el juego que hace la novela entre la memoria individual y la memoria colectiva o, como dice Stern, entre las memorias sueltas y las memorias emblemáticas. Destaca la forma como se van articulando estas memorias sueltas, que son memorias contrahegemónicas, memorias que han sido clandestinas y que la memoria oficial ha querido mantener distantes. Pero estas memorias siempre empiezan a aparecer y a articularse con otras memorias, y podemos ver que las distintas memorias sueltas o individuales tienen enlaces, y tienen un cuerpo que nos hace sentido. La memoria lo que hace es entregarnos un significado común que nos permite avanzar, que nos permite tener una idea de sociedad, de ideales compartidos. Y el libro refleja muy bien cuáles eran esos ideales y esa utopía que permitía avanzar, resistir frente a la opresión, frente a una dictadura brutal.

Finalmente, estas cuatro miradas también se entrelazaron con el método biográfico, con la historia de vida, por la manera como se van en-

tre cruzando las múltiples voces, cada una dando cuenta de su experiencia, hasta no saber bien con quién estás hablando. *Marciano* está construido por estas distintas voces que juntas conforman una historia. Sin embargo, en un inicio me resultó difícil saber a quiénes pertenecían. Tuve que hacer algo parecido a un ejercicio de parentesco para poder saber que Fernando era el Loco, y también que era Salomón, que Joaquín era el Lobo, y que la Flaca, que también era compañera de Rodrigo, era la comandante Tamara, y que, a su vez, Rodrigo también era el comandante José Miguel, que además es el hermano de Carla, quien también habla en el libro, pero desde el presente. Y este juego de parentesco tiene mucho que ver con lo que dice Rodrigo en la novela, que es que "finalmente somos una familia".

Entonces, esta familia se me fue armando y me fui abriendo a la comprensión de estas voces. Entendí que las voces, en realidad, después de que se te pierden empiezan a armarse y a tener sentido. Empecé a entenderlas y a necesitarlas para armar la historia de vida de Mauricio, del comandante Ramiro, de Marciano.

Tercer momento: "las interrogantes"

Esas mismas voces que me fueron hablando en el libro desembocaron en nuevas preguntas y terminaron por establecer un tercer momento, el de las interrogantes. En él me sentí como los antropólogos de fines del siglo XX, que tenían el tiempo para realizar trabajos de campo eternos, y que luego de interiorizarse con una comunidad, de haber observado y descrito lo que veían, comenzaban la elaboración de sus preguntas o interrogantes. Hoy en día no tenemos esa posibilidad, hoy nos hacemos primero las preguntas, presentamos proyectos con todo listo, porque no tenemos el espacio

para ir y mirar, conocer, observar los lugares, y cuestionar posteriormente. Para mí, el libro me dio ese espacio para mirar, conocer, observar, hacer el *rapport*, hacer mi trabajo de campo y, después, hacerme las preguntas.

No entré al libro con las interrogantes listas, sino que finalizada la lectura pude acercarme a ellas. ¿En qué aspectos hay un vacío, un espacio sobre el que no se tiene mucho conocimiento o qué miradas faltan para interpretar ciertos fenómenos? Es frente a estos cuestionamientos que aparecen las preguntas, las interrogantes. Y en mi nueva mirada del libro encontré cuatro momentos de preguntas, asociados a cuatro pasajes del libro:

1. "Pero el Frente estaba lejos de ser militantes cumpliendo funciones. Y no es que se sintieran mejores que el resto, simplemente pensaban distinto. Creían que en el contexto en el que estábamos, con una dictadura brutal, había que actuar a la altura de esa brutalidad. Pensaban que se necesitaban cambios profundos, no pactos que prolongaran la vida de la dictadura de manera velada. Tampoco plebiscitos que terminaran abalando una democracia mentirosa" (p. 282).

Interrogantes: ¿La antropología está o no a la altura de poder hoy entender el contexto actual?, ¿estamos o no a la altura de poder interpretar lo que está pasando actualmente?

2. "¿Cuántos recuerdos habrá que levantar para tener una versión objetiva? Cada vez que confronto memorias me lo pregunto. ¿Habrá versiones objetivas cuando hablamos de recuerdos?" (p. 278)

Interrogantes: ¿Podemos hablar de objetividad? ¿Existe objetividad en los relatos? ¿Qué es

la objetividad? ¿Cómo estamos abordando desde la antropología el conocimiento en la actualidad? ¿Cómo construimos conocimiento desde la antropología?

3. “Sabemos que el beneficio será a largo plazo y no nos importa no disfrutarlo porque lo personal no se antepone a lo colectivo. ¿Es así o no es así?” (p. 307)

Interrogante: ¿Lo personal se antepone hoy en día a lo colectivo?

4. “La revolución no es inocente” (p. 294)

Interrogante: ¿Lo que intentamos llamar actualmente “democracia” es inocente? ¿Es inocente la democracia hoy en día?

Esas fueron las preguntas que la lectura de *Marciano* me planteó para ser reflexionadas desde la antropología. Y como final de este intento de cavilación antropológica, quiero detenerme en una cita del libro:

El dolor dialoga con el vacío. Con la falta de certezas. Con el no saber, con la inquietud y la incertidumbre. Esa conversación se puede transformar en ansiedad o angustia. El pecho se aprieta y falta el aire y el cuerpo duele. Es un dolor que va y viene, que a ratos sube y otros baja, que a veces se aloja en un lugar y luego en otro. Pero que, en resumen, siempre está de alguna forma, no es fácil de apaciguar (p. 279).

Termino con estas palabras porque representa lo que me pasó cuando leí el libro, cuando me sentí, como menciona Nona, en “un enredo entre tú y yo” que me permitió meterme entremedio de las historias de Mauricio, y que, finalmente, se convirtió en un enredo entre tú, yo y ella, donde “ella” soy yo misma, Paula, entremezclándome en esta construcción fractal y en espiral que es *Marciano*.

Toda lectura construye una comunidad

María Elena Acuña

Reflexionar sobre los cruces entre antropología y literatura a partir de *Marciano* de Nona Fernández me condujo inevitablemente al conocido texto de Clifford Geertz, *El antropólogo como autor*. En él, Geertz nos recuerda que la antropología está hecha de palabras, textos, narraciones y ficciones; escrituras que construimos, a veces con pretensiones de científicidad y otras con el deseo de aproximarnos a los sentidos que distintas comunidades atribuyen a sus prácticas, sus vidas, sus símbolos y sus rituales. Esa constatación abre una pregunta que me parece especialmente relevante: ¿cómo se ha transformado la escritura antropológica en poco más de un siglo? Hemos pasado de textos extensos y densos, contruidos a partir de relaciones prolongadas con comunidades, sin romantizar esas relaciones, por supuesto, a artículos breves, fragmentos de citas y escrituras cada vez más técnicas. Leemos en busca de conceptos, argumentos y verdades verificables, muchas veces despojando a la lectura de su placer. Para ese goce parecen quedar otras escrituras: la narrativa, la novela y, en menor medida, la poesía. Tal vez por eso *Marciano* resulta tan sugerente para una lectura antropológica: porque nos devuelve simultáneamente al placer de leer y a la pregunta por las formas en que construimos conocimiento sobre las experiencias sociales históricas y contemporáneas.

Marciano, Mauricio y Nona Fernández, nos conducen a través de una serie de tópicos útiles y necesarios para reflexionar sobre la actualidad y la vida contemporánea en Chile. En un formato narrativo que evoca una larga conversación desde una perspectiva antropológica, se constituye un

testimonio que podría situarse en la tradición testimonial latinoamericana, entendida no solo como un género literario, sino también como un método antropológico orientado a restituir la voz de sujetos y colectivos históricamente excluidos de la palabra oficial o representados y representadas con sesgos. El testimonio permite transformar la experiencia vivida en discurso social, otorgando espesor histórico a memorias, trayectorias y sensibilidades que suelen quedar fuera de los relatos oficiales. En ese sentido, su potencia radica en producir una forma de autobiografía colectiva en la que la vida singular no aparece aislada, sino que se entrama con procesos sociales, políticos y culturales más amplios; no busca únicamente narrar hechos, sino abrir un espacio de interpretación sobre la historia, la memoria y las relaciones de poder que configuran a los sujetos. Todos estos elementos están presentes en *Marciano*.

La antropología desempeñó un papel fundamental en este proceso. Durante las décadas de 1950 y 1970, diversos investigadores desarrollaron formas de trabajo que buscaban aproximarse a las trayectorias vitales de personas concretas para comprender, a través de ellas, procesos históricos de mayor alcance. Obras como las de Oscar Lewis, Ricardo Pozas, Miguel Barnet, Moema Viezzer o Elizabeth Burgos mostraron que la experiencia individual podía constituir una puerta de entrada privilegiada para comprender fenómenos como la pobreza, la desigualdad, la exclusión, la violencia de género o las transformaciones sociales. En este cruce entre antropología y literatura, el testimonio adquirió una fuerza singular, pues permitió articular la rigurosidad analítica con una narrativa capaz de transmitir la densidad humana de las experiencias relatadas. El cruce se producía tanto en la investigación como en la escritura, y en el uso analítico de los testimonios.

Desde esta perspectiva, la relevancia del testimonio no radica únicamente en la fidelidad factual de los acontecimientos narrados. Como han señalado tanto la antropología como los estudios de la memoria, las narraciones testimoniales son siempre procesos de interpretación, reconstrucción y elaboración del pasado. Su valor reside precisamente en mostrar cómo los sujetos otorgan sentido a sus experiencias y cómo las memorias individuales dialogan con las memorias colectivas, las disputas políticas y los contextos históricos específicos. Más que buscar una verdad definitiva, el testimonio permite comprender los significados que las personas atribuyen a los acontecimientos vividos y la manera en que estos continúan actuando en el presente; asimismo, permite comprender cómo las vidas individuales se encuentran atravesadas por procesos históricos más amplios. De ahí que resulte sugerente aproximarse a estas narraciones desde la noción de biografía colectiva. Es decir, leer una vida para comprender muchas vidas.

Asimismo, *Marciano* puede interpretarse a partir de la noción de biografía colectiva, trabajada por Susanne Gannon como una metodología feminista que permite pensar en cómo las experiencias vividas, los cuerpos, los afectos y las memorias se articulan con procesos sociales e históricos más amplios. *Marciano* no es solo la historia de Mauricio Hernández Norambuena y sus múltiples yoos (en tanto experiencia subjetiva) sino también una puerta de entrada a una comunidad intergeneracional marcada por la dictadura, la violencia política, el miedo, la esperanza, el castigo y la persistencia de la memoria. Más que una trayectoria individual, el relato permite reconocer experiencias compartidas que han configurado a distintas generaciones de chilenas y chilenos, vinculadas por una historia común y por una búsqueda persistente, a veces

silenciosa, otras explícita, de verdad, justicia y comprensión del pasado reciente. El régimen y la verificación cambian constantemente: ¿quién es Mauricio Hernández Norambuena?, ¿qué representa para la sociedad y de qué sociedad hablamos? Más que responder quién es Mauricio Hernández Norambuena, el libro parece invitarnos a preguntarnos quiénes somos al leerlo. *Marciano* nos permite eso: leer y, ahora, hablar.

Toda lectura construye una comunidad. No solo una comunidad de especialistas o de lectores, sino también una comunidad de experiencias, afectos y memorias. Leemos desde nuestras genealogías teóricas y metodológicas, pero también desde nuestras biografías, nuestras imágenes y nuestros fantasmas. En ese punto, la lectura nos acerca a Mauricio y a sus múltiples yo: no para identificarnos plenamente con ellos, sino para preguntarnos qué zonas de nuestra propia historia se activan en ese diálogo. A medida que transcurría mi lectura, me preguntaba: ¿hay puntos de encuentro entre las múltiples comunidades de Mauricio Hernández Norambuena y las mías?

Tal vez tenemos una comunidad intergeneracional de personas que, con distintas edades y desde distintos lugares, acciones y roles, vivieron la dictadura. Tal vez la comunidad que compartimos, tanto la de sus padres como la de mis padres y mis abuelos, mis tíos, es la comunidad que se genera a partir del mismo hecho fundacional de ese momento trágico de la historia de Chile: la comunidad que escucha el último discurso de Allende ese día y que lo seguimos escuchando por años y años, incluso hasta el día de hoy, y nos seguirá emocionando con una intensidad difícil de describir.

Esta imagen del libro me lleva a la pregunta: ¿cómo se hace cargo la antropología de los sentimientos? ¿Qué se ha dicho sobre esta dimen-

sión de la vida social? Recuerdo a Ruth Behar y su libro *The Vulnerable Observer: Anthropology That Breaks Your Heart*, que en español sería “El observador vulnerable: antropología que te rompe el corazón” (no existe traducción al español). La tecnificación escritural de la antropología contemporánea no deja espacio para esta dimensión; es muy intangible y difícil de comprobar, lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué andamos en busca de pruebas?

Marciano nos ayuda a comprender, desde un punto de vista muy cotidiano, lo que implicó la vida bajo la dictadura. Al verlo desde ese punto de vista, deja de ser una novela y se vuelve una etnografía sobre la dictadura, la cárcel y, en especial, el castigo. Entonces, necesito preguntarle a la autora: “Nona, ¿cuántas capas tiene el libro?”. En él no solo se habla de una trayectoria política, sino también de las consecuencias que esta produce en los cuerpos, las vidas y las formas de castigo. Desde la experiencia de la cárcel, las múltiples cárceles, el relato de Mauricio Hernández Norambuena nos permite adentrarnos en el proceso de *embodiment* de las instituciones del castigo y del punitivismo en las sociedades en las que la cárcel es uno de sus principales dispositivos. Su testimonio alumbra cómo la pena judicial se entrelaza con otros tipos de castigos sociales, con la condena a la disolución del yo, del individuo, y con lo que conlleva el ejercicio de mantener la integridad de sí mismo. Y en ese camino, la dureza material de las experiencias vividas y narradas en el libro se articula con el mundo onírico: sueños y conversaciones consigo mismo. “Quién no habla solo”, dice Mauricio en la ficha del libro.

La cárcel y las penas privativas de libertad constituyen un castigo penal, pero también un dispositivo de crueldad. Hemos visto en las últimas décadas un aumento de la reclusión en

condiciones cada vez más duras y deplorables. Debemos preguntarnos: ¿qué es la cárcel? ¿Es el encierro o, más bien, la práctica sistemática de tratos crueles, inhumanos y degradantes? ¿O son las prácticas para sobrellevar la experiencia, más allá del tecnicismo de la reinserción, la buena conducta? ¿Cuándo la sociedad otorga el perdón social?

Por último, desde el punto de vista de la memoria, en ese acto político de interpretación del pasado en función de un proyecto político de futuro, se aprecia una clausura, una falta de códigos socialmente compartidos para interpretar. El libro muestra que el pasado no ha terminado de transcurrir o que tenemos muchos presentes paralelos. Hay recuerdos que vuelven como imágenes, pero también como sonidos.

¿Cuál era el sonido de la dictadura? Sin duda, para mí, es el sonido de los helicópteros. Sonido presente en numerosas escenas, como las del 11 de septiembre de 1973 en Valparaíso; la caravana de la muerte; el secuestro de Manuel Guerrero desde el Colegio Latinoamericano de Integración; cuando Pinochet selló su impunidad al regresar desde Londres y subirse a un helicóptero Puma para ser trasladado al Hospital Militar; y los días y noches de protestas en dictadura. El símbolo se disloca en la fuga desde la Cárcel Pública, de la cual Mauricio Hernández Norambuena es protagonista, y que constituye un intento efímero de acceder a otros significados; un sonido con continuidad hasta la actualidad. Este objeto volador en *Marciano* se transmuta oníricamente en un platillo volador; ya no es una máquina, sino un fenómeno telúrico.

Me pregunto, casi como un ejercicio de imaginación antropológica, qué es, finalmente, el helicóptero. Sin duda no es un simple artefacto técnico

ni una marca cronológica de una época, sino un objeto ritual del poder, un signo aéreo de la dictadura, asociado a un sistema de magia política en el que el ruido, la altura, la vigilancia y la aparición súbita producen temor, obediencia y control. En ese sistema simbólico, el helicóptero no solo transporta cuerpos o autoridades; también anuncia la presencia del soberano, materializa la amenaza, sobrevuela el territorio como un ojo represivo y convierte el cielo en una escena de dominación.

Pero quizás la potencia simbólica del helicóptero no reside únicamente en su imagen, sino también en su sonido. Antes de ser visto, el helicóptero se escucha. Su presencia irrumpe en la vida cotidiana como una vibración que altera el espacio, interrumpe conversaciones, modifica conductas y despierta la sospecha de que algo está ocurriendo o está por ocurrir. Durante la dictadura, el sonido de las aspas se transformó en una tecnología sensorial del poder: un ruido que anunciaba vigilancia, persecución, allanamientos, detenciones o, simplemente, la posibilidad de la violencia. Como ocurre con otros sonidos asociados a experiencias traumáticas, el helicóptero adquirió una capacidad evocadora que trasciende el acontecimiento puntual y permanece inscrito en la memoria corporal. Más que un medio de transporte, se convirtió en una señal acústica de la represión, en una presencia que ocupaba el cielo y recordaba permanentemente que el poder podía aparecer en cualquier momento. Tal vez por eso, incluso décadas después, el sonido de un helicóptero continúa activando memorias, afectos y temores que remiten menos al aparato mismo que a la experiencia histórica de vivir bajo la amenaza de la violencia estatal.

La persistencia de las memorias, de los afectos y de las voces es también una pregunta por

el oficio antropológico y por las formas en que construimos nuestros relatos.

No puedo terminar sin referirme al ejercicio metodológico realizado por Nona Fernández: entrevistas sin dispositivos de grabación, sin transcripciones; solo notas, notas de campo y memoria; creación de confianzas mutuas, de respeto y aceptación. La profundidad del análisis no es solo una técnica llamada “entrevista en profundidad”, sino una larga conversación con claros y oscuros, tal vez en un proceso codiseñado de contrastación de fuentes y de ejercicios analíticos que permiten componer el texto, donde el sujeto central no está fragmentado en citas sino en toda su completitud; narrar y explicar pueden ser el mismo gesto. Gracias, Nona; gracias, Mauricio.

Hilos de humanidad: antropología detrás de la ventana

Laura Marina Panizo

El libro de Nona Fernández transcurre a través de una ventana. Nosotros estamos dentro, donde sea que estemos, y la ventana a través de la cual miramos, se la construyó Nona a Mauricio, y Mauricio no las regala.

En todos los encuentros (capítulos) lo que vemos a través de la ventana son imágenes devenidas de los diálogos entre Nona y Mauricio, Mauricio y sus muertos, Nona y otros sobrevivientes. Y nosotros construimos mundos a través de esas conversaciones. Los construimos, porque tenemos la ventana. Se reproducen (como en un film) espacios que no pueden habitarse en simultáneo por Nona y por Mauricio, y se construyen con el recuerdo y la experiencia. Se construyen a pesar de las rejas, los barrotes, los guardias de seguridad.

Por suerte, ellos tienen la ventana. Por suerte también esa ventana es nuestra. Y miramos. Mauricio entre rejas, Nona en libertad. Él entre sus libros, sus memorias, sus paisajes, sus visitas. Ella haciendo lo que nosotros los antropólogos amamos hacer, “trabajo de campo”. Conoce, por ejemplo, la casa donde vivió con su familia y en esos recorridos, donde transita por los espacios de Mauricio, los ojos de Nona miran lo que Mauricio miró alguna vez. Nuestros ojos construyen imágenes a partir de esas miradas. Tenemos la ventana. Y detrás imaginamos el mar. También a los marinos tomando los cerros, a Allende agarrando el teléfono, a vecinos escuchando la radio, a otros vecinos delatando. Vemos 1973 en nuestro calendario. El fuego, el humo, y podemos sentir, también, el olor a las cosas quemadas. Y nosotros, los lectores, aprendemos también, gracias a Mauricio, a hablar sin mover los labios: “abajo Pinochet”, “milicos culiados”.

Nona se permite habitar también otros espacios de Mauricio. Mientras ella visita la mansión del Cajón del Maipo, ambos (uno desde adentro, otro desde afuera) ven la palmera. Nosotros los lectores también podemos verla. Porque ella hace ese trabajo de campo, en palabras de Geertz, “denso”.

Pero, aunque Nona hace trabajo de campo, este libro NO ES un texto etnográfico. Solemos decir que la etnografía es una metodología, una herramienta y también una forma de escritura. Nona hace de su cuerpo una herramienta etnográfica: busca, conoce, descubre, habita, empatiza, se pone en el lugar del otro, siente. Hace etnografía, pero no escribe etnografía. Escribe una novela, y eso, a mí, me maravilla, pero también me desespera. Porque todos los encuentros aparecen como relatos que despliegan tanto cer-

tezas como incertidumbres: y las palabras que Mauricio y otros parecen decir no son completamente de ellos, o no lo son en absoluto. La ambigüedad en la lectura se repite tantas veces como actores sociales intervienen en las historias: el Lobo, el Loco, Claudia, la Flaca, Emilia, Salomón, Joaquín, Tamara, Ernesto, Rodrigo, Carla, etc. Todos ellos hablan con Mauricio, hablan con Nona, y hablan entre sí. Nosotros los escuchamos, a través de la ventana, y nos preguntamos cuánto de ellos hay en Nona: ¿un poco?, ¿un poquito?, ¿mucho?, ¿todo?, ¿demasiado?

¿Quién escribe en poesía? ¿Quién ha construido fantasmas en invierno con el vapor de la boca?

Esa ambigüedad me desespera. Son necesarias las múltiples voces, pero quiero diferenciarlas, reconocerlas, identificarlas. No me basta una N o una M o un nombre al principio de cada relato para discernir. Tenemos el producto final, la trama, la malla, de esa red de relaciones, historias, experiencias, emociones, sentires. Leo, me desespero, quiero saber. No es etnografía, me repito: Es una novela. Me calmo, y entonces disfruto. Y aparece Nona como la tejedora excepcional de las palabras. Mi lectura oscila entre desesperarme y maravillarme. Aferrarme a lo propio o intentar derribar mis estructuras.

Nona moldea las experiencias de los otros con sus palabras. Lo hace de forma poética, elocuente y, a veces, pareciera un poco más literal que otras. Las historias son de los otros, pero las palabras son de NONA. Pero no del todo. Sus palabras construyen una malla dinámica, un tejido artesanal, que tiene sus propios movimientos. Esos movimientos son los que sentimos detrás de la ventana. Esa trama es este libro. No se controla, como no se controla la historia. Esos movimientos dejan hilos sueltos de los que podemos tirar.

Entonces, luego de relajarme me vuelvo a inquietar. Quiero hacer antropología con la etnografía de Nona. Quiero hacer antropología con su novela. Me vuelvo a meter en el libro como si estuviese haciendo, yo, mi trabajo de campo. Quiero tomar de esos hilos sueltos, que ahora llamo hilos de humanidad.

Uno de esos hilos es la humanidad de los muertos. Los diálogos de Nona son con los muertos de él, de ella y de todos nosotros. ¿Será entonces que Nona aprendió a formar fantasmas con el vapor de la boca? Nona y Mauricio les dan a los muertos un plus de vitalidad, como dice Despret, un plus de existencias, pero con "cuidado". "A la salud de los muertos", pienso, porque ellos también, como Nona y Mauricio, construyen relaciones. Mauricio y Carla es la relación de Rodrigo. Relación, en palabras de Carla (o de Nona), para "aliviar el dolor". De las relaciones que se forjan en el libro la de Carla y Mauricio son de las más significativas a mi entender. De las más curiosas, de las más bonitas, de las más cuidadas. Carla, a pedido de Rodrigo, su hermano muerto, tenía la tarea de devolverle a Mauricio todos los sentidos adormecidos por el encierro y aliviarle el dolor. Rodrigo se lo había pedido, a su hermana Carla, cuando ya estaba muerto, en forma de nube. Nona eso lo cuestionó. O lo preguntó. O qué sé yo, algo dijo al respecto. A lo que Mauricio respondió, "algunas historias son así, locas y antojadizas". Loca y antojadiza es esa relación de a tres, Rodrigo, Mauricio y Carla. Entonces Carla llega a la cárcel para despertar a Mauricio y acariciar su dolor, darle calidez y alivianarlo. Lo hace a través de su profesión, y el amor: el amor a su hermano, a los frasquitos con fragancias, al mote con hueillo y a todo lo que cuenta Nona, y mucho más. Y así, Mauricio recupera sus sentidos y Nona puede construirle una ventana. Y gracias a esa ventana

que Mauricio nos da, nosotros llegamos a ellos. Y yo puedo tirar de ese hilo de humanidad.

Otro hilo de humanidad del que tiro es el de la pena. Quiero saber por qué aparecen unidas, en más de una ocasión, las palabras Pena y Rabia. La primera vez que aparecen juntas es cuando a Mauricio lo atraviesa una experiencia dolorosa en su infancia que lo va a marcar para siempre. Nos pasa a muchos. Eso de no poder sacarnos la imagen de los pies descalzos, embarrados, de los niños al descubierto, a la intemperie, a la desolación. Esa experiencia o, por lo menos así lo escribe Nona, le deja Rabia y Pena. La pena y la rabia son emociones que conocen muy bien de cerca los que atravesaron la desaparición forzada, la tortura y la muerte, en lo más cruel de la inhumanidad, de la dictadura de Pinochet. Muchos familiares y sobrevivientes supieron hacer de la rabia y la pena (como emoción) una esencia, una relación, una agencia. Mauricio parece saber también transformar el dolor y la rabia. Nos construyó, por ejemplo, junto con Nona, esta ventana.

Pero Pena y Rabia vuelven asociadas otra vez, en los sentires de Emilia cuando relata su relación con el Mauri. Embarazos, abortos, futuros/pasados. Y me vuelve a aparecer esa duda, para mí, existencial. ¿Son categorías nativas asociadas a un contexto específico, en una comunidad específica de actores? ¿Son categorías que ha unido la historia chilena y aparecen sedimentadas, inseparables, naturalizadas en esa unión, en el sentir de un duelo colectivo y nacional, atravesado por la violencia? ¿Las teje Nona juntas, porque así las habita la escritora, en su propia interpretación de los hechos? ¿Cuánto hay de Pena y Rabia en su propia herida abierta?

Como esas categorías nativas, aparecen otros hilos de humanidad que, como antropóloga, busco desnaturalizar. Los chilenismos, “guagua”, “to-

mar once”, “baratas”, “pololo”, “chancho”: ¿son sólo formas locales de nombrar cosas cotidianas y las relaciones?, ¿allí se agota su valor analítico? ¿Cuándo dicen chancho, es una forma particular de llamar a los milicos o refieren también a un tipo de organización, *una forma de entender, clasificar y actuar en el mundo*? ¿Cuáles de estos chilenismos devienen en categorías nativas de la comunidad de la que la autora también forma parte?

Sigo buscando hilos de los que tirar. El último que les comparto, en esta oportunidad, es el del parentesco. A pesar de los atentados, la muerte, el secuestro, el encierro, la tortura, el sufrimiento y la victimización perpetua, el parentesco es otro hilo de humanidad. Mauri, escribiéndole a Mauricio Chico. Sobrino respondiéndole a Tío. Correspondencias simbólicas, como si se tratara de un clan matrilineal, donde el tío materno juega un rol fundamental. Trasmisión de saberes, experiencias, legados. Herencia de pausas y sonrisas. Parentesco de sangre, pero también militar. Parentesco entre quien cuenta y escribe. Herencia de la palabra. Linaje de la creatividad. Parentescos, todos, que no dejan cierres, sino continuidad. Dispuestos a matar. Dispuestos a morir. Dispuestos a defender en un estrado. Dispuestos a escribir. Dispuestos a trascender.

Hilos de los que tirar... pero todavía no sé quién empezó a construir fantasmas con el vapor caliente de la boca. ¿Mauricio? ¿Nona? ¿La Flaca? Pero me quedo con la imagen del cabro chico, llorando en el banco de una iglesia, que pudo llegar hasta nosotros a través de una ventana y, gracias a eso, podemos mantener conversaciones frecuentes con seres que están y no están. Porque yo también, en la aventura a la que Nona me llevó, en ese vaivén entre el asombro antropológico y la experiencia literaria, aprendí a darles un lugar a esos fantasmas con el vapor de mi boca.